

Finalmente, demostrará su protección a aquellos que ruegan y ofrecen sufragios por las almas del Purgatorio, también después de la muerte, si es que hubieren de pasar por aquella cárcel tenebrosa.

Si queridos hijos de María, digámoslo con toda la Iglesia: el Purgatorio está bajo el cetro de María, porque allí también hay hijos suyos en trance de agudísimo dolor, esperando nacer a aquella vida gloriosa que jamás tendrá fin. San Vicente Ferrer, San Bernardino de Sena y varios otros, proclaman explícitamente que María Santísima es Reina del Purgatorio; y San Luis Ma. Grignon de Montfort nos urge a pensar y obrar conforme a esta certeza; quiere que pongamos en manos de María el valor de nuestras oraciones y reparaciones, y, a cambio, nos promete que esas almas, que nos son tan queridas, obtendrán mayor y más pronto alivio que si les aplicáramos nuestras oraciones directamente. ¡Nadie que haya puesto su confianza en la Virgen quedará defraudado, ni en esta vida ni en la otra!



Cordimariana México

www.fsspx.mx

EL ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN



La devoción a la Santísima Virgen ha sido siempre considerada en la Iglesia como señal infalible de predestinación: «Un siervo de María no perecerá jamás». Y el escapulario de Nuestra Señora del Carmen confirma este sentir. En

efecto, Nuestra Señora promete a sus devotos, a través del porte devoto del Santo Escapulario, la gracia de la **perseverancia final**. Lo mismo sucede con otras prácticas marianas, tales como el rezo diario del Santo Rosario, y la comunión reparadora de los primeros sábados de mes:

«Prometo asistir en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de su alma, a todos los que el primer sábado, durante cinco meses, se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen el Rosario y me hagan compañía durante quince minutos, meditando sobre los misterios del Rosario, con espíritu de reparación».

Al aferrarnos, pues, al Santo Escapulario, no nos aferramos a una simple tela de lana, a modo de amuleto, sino a la promesa de Nuestra Señora del Carmen, que ha prometido salvar a los que lo lleven devotamente; esto es, a quienes lo lleven como señal externa de su **devoción interior** hacia la Santísima Virgen, de la **confianza depositada en su protección**, y de una **vida santa**, como conviene a un devoto hijo de María Inmaculada.

CRUZADA CORDIMARIANA

AVE COR MARIE



REINA DEL PURGATORIO



No cabe duda de que una de las más puras y mayores satisfacciones para un hijo amante y bien nacido es el complacer a su madre. No espera ya que ella le manifieste su voluntad y le ordene lo que ha de hacer, sino que con amorosa industria procura prevenir hasta sus más recónditos deseos, quedando satisfecho cuando ha podido llegar a adivinarlos. Ahora bien, si tan grande es la solicitud de los hijos de este mundo para con aquellas que los han engendrado a la vida terrena, ¿cuál no deberá ser la solicitud de los cristianos para con aquella Madre que con tanta solicitud y dolores los han engendrado a la vida de la gracia? ¿Deberán mostrarse menos deferentes y solícitos para con la Virgen Santísima, que es Madre en el orden espiritual, y menos dispuestos a satisfacer sus más mínimos deseos? Pues

bien, uno de los deseos más ardientes de la Virgen Santísima, deseo que tiene profundamente asentado en su Corazón Inmaculado, es que corramos en auxilio de las benditas almas del Purgatorio, tan maternalmente amadas por Ella, y con nuestras oraciones y sufragios les facilitemos la entrada en el cielo. ¿Seremos tan poco complacientes y amorosos para con Ella, que no queramos cumplimentarle su deseo y dejar satisfechas de este modo las ardientes aspiraciones de su Corazón maternal?

Que la Santísima Virgen ame tiernísimamente a las almas del Purgatorio es una verdad que no puede ponerse en duda. ¿No fueron estas almas rescatadas con la Sangre preciosísima de su Divino Hijo? ¿No llevan esculpido en su frente el carácter de hijas de Dios, destinadas a reinar con Él? y ¿lavadas con su gracia y habiéndolas honrado con el augustísimo título de esposas tuyas predilectas, y lo que es más para su amante Corazón de Madre, almas que Ella misma con Jesús ha cooperado a engendrar a la vida espiritual?

En efecto, entre los hermosos títulos con que la Iglesia honra con mucha razón a nuestra Madre está el de Corredentora nuestra. ¿Cómo no amaré a las almas del Purgatorio, por cuya salud y gloria amamanté y crió a Jesucristo, lo llevó a Egipto huyendo del furor de Herodes, lo trajo de nuevo a Nazaret y lo tuvo consigo hasta los treinta años?

**Primer sábado
4 de noviembre**

**Intención del mes:
Por los difuntos
de las familias.**

¿Cómo deseará verlas pasar pronto de aquellas llamas expiatoras al reino bienaventurado cuando con tanta pena suya consintió que la dejase para



dedicarse en la vida pública a predicar su celestial doctrina, y que después se sometiese a tan acerva Pasión y Muerte, sufriendo Ella también durante toda la vida de su amado Jesús, penas tan atroces con las cuales se constituyó Reina de los Mártires? Para que fuere de otro modo, sería preciso que los derechos y los deberes de Madre que le otorgó Nuestro Señor desde la Cruz antes de expirar, hubiesen de terminar apenas diéramos el último suspiro; pero ¿es esto posible? Si las madres de este mundo no pueden olvidar nunca a sus hijos que la muerte les arrebató, y albergan durante toda su vida un dolor indeleble, ¿no ocurrirá así y aun infinitamente más tratándose de nuestra Madre del Cielo? ¿Podría Ella olvidar completamente a las almas del Purgatorio, que, además de ser almas de sus hijos, son almas santas, almas afligidísimas presas de los más terribles tormentos? ¿Puede una buena Madre ser indiferente al dolor de un hijo?

La Virgen Santísima no hace sino velar noche y día, con ternura de madre, sobre las almas de tantos hermanos nuestros atormentados por las penas atrocísimas del Purgatorio; y por todos los medios que su Corazón bondadosísimo le sugiere procura socorrerlas, abreviarles la duración de sus

penas, ansiosa de verlas salir de aquel lugar de expiación y conducir las adonde está Ella, como una madre bondadosa, que no está satisfecha mientras no ve a todos sus hijos rodeándola felices y dichosos.

Como Ella misma lo dijo a Santa Brígida, es Madre de todos los que se hallan en el Purgatorio, pues Ella es verdaderamente su consoladora y se interpone, en cuanto le es posible, entre la Divina Justicia y estas pobres prisioneras, y no hay tormento que no se haya mitigado algún tanto y se haya hecho más ligero con su ayuda y merced a sus suplicas. Las oraciones de esta Señora son para las almas pacientes como el rocío de la mañana para la hierba casi seca y quemada por el sol; son como agua benéfica y refrescante que modera los ardores intolerables del fuego que las abrasa. Es verdad, según opinión de algunos santos como San Pedro Damián, San Dionisio Cartujano, Gerson, San Alfonso Ma. de Ligorio, que en sus solemnidades Ella visita el Purgatorio acompañada de multitud de ángeles, y libra de aquellas penas a gran número de almas. Es cierto, como Ella misma se dignó prometerlo al papa Juan XXII, que sus fieles devotos que llevan constantemente el escapulario del Carmen, son por Ella visitados en el Purgatorio, y el día sábado después de su muerte, verán caer rotas a sus pies las cadenas.



Siendo esto así, ¿Quién podrá decir cuan gran placer proporcionaremos a esta buena Madre y al mismo tiempo cuan preciosos títulos podremos conquistarnos a su protección, y aun a su

reconocimiento, no sólo para durante nuestra vida y especialmente para el tiempo de nuestra muerte y también para el tiempo que hayamos de permanecer tal vez en el Purgatorio, con sólo mostrarnos celosos y cuidadosos de aplicar y hacer que se apliquen oraciones y sufragios por las pobres almas pacientes y procurar su liberación?

Procurando sufragios por las almas santas del Purgatorio, y enviándolas al cielo, hacemos cumplida la felicidad de la Virgen Santísima. Y Nuestra Señora nos mostrará su protección durante el curso de la vida, ayudándonos a vencer y superar todos los peligros que puedan venirnos de parte del demonio, del mundo y de la carne, y que podrían llevarnos a padecer las penas del Purgatorio. Si, esta Madre misericordiosa será quien, en medio de toda suerte de peligros de cuerpo y alma, amorosamente nos guardará, nos protegerá y nos librará ayudándonos a vivir santamente y a substraernos de este modo de los justos rigores de la Divina Justicia.



Y tan buena y agradecida Señora les dispensará esta protección procurándoles una santa muerte. ¡Con cuantos medios cuenta la Virgen Santa para disponer, a aquellos que procuraron complacerla en vida, a que se presenten con humilde confianza ante el tribunal del Juez Supremo! No sólo les concederá la inapreciable gracia de poder recibir al termino de sus días los santos sacramentos de la Confesión, Comunión y Extremaunción, mediante los cuales será borrada de su alma toda mancha de pecado, sino que les obtendrá también una contricción tan perfecta,

aun de sus más leves culpas, una caridad tan pura, una conformidad tan completa con la Voluntad Divina, una humildad tan profunda, una paciencia inalterable; les inspirará, además, un deseo tan ardiente de ver a Dios, actos tan eminentes de todas las virtudes, que borrarán todo cuanto la llamas del Purgatorio deberían purificar, no quedando así nada en

ellas que sea obstáculo para que vayan directamente al paraíso. ¿Qué más? Por los escritos de muchos santos sabemos que Ella personalmente les asistirá a la hora de la muerte para defenderlos contra los últimos asaltos del demonio, el cual sabiendo el breve tiempo que le resta para intentar su última prueba, desplegará contra él moribundo todo su satánico furor. Y sirviéndole Ella de escudo, no permitirá que sea turbados, haciendo que en sus almas brille la calma y la tranquilidad, dándoles las fuerzas suficientes para vencerlas gloriosamente.